

La tabla rasa, el cerebro social y la mente seductora

Luis Gómez Jacinto

«La naturaleza, señor Allnut, es lo que hemos venido a este mundo a vencer», le dice Kathrine Hepburn al borracho Bogarth en *La reina de África*. Como la moralista misionera de la película dirigida por John Huston, muchos humanistas, pensadores y científicos en su afán de superación de la naturaleza, simplemente, la han negado; «que es falso hablar de la naturaleza humana, que el hombre no tiene naturaleza» sentencia Ortega. Durante todo el siglo XX muchos humanistas y pensadores sociales se han dedicado presentar a un ser humano carente de naturaleza, de instintos, influido únicamente por la cultura en la que vive. La negación de la naturaleza humana se sustenta en lo que Steven Pinker considera la santísima trinidad del pensamiento contemporáneo: la tabla rasa, el buen salvaje y el fantasma en la máquina. Es decir, la idea empirista de que la mente humana es un folio en blanco sobre el que se puede escribir cualquier discurso dictado por la experiencia. Le acompaña Rousseau y su concepción romántica de que el ser humano en su estado natural es pacífico y desinteresado, corrompido únicamente por la civilización. El tercer dogma es el del «fantasma en la máquina». Desde Platón la tradición filosófica occidental entiende la mente como sinónimo de espíritu o alma. El dualismo cartesiano considera a la mente humana como una entidad espiritual sagrada que controla la máquina corporal.

En el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales esta negación de la naturaleza humana ha ido conformando un modelo estándar de ciencia social, cuya premisa fundamental es que la mente se compone de unos pocos y generales procesos cognitivos carentes de un contenido específico. Para esta manera habitual de entender la mente humana, los pensamientos, las emociones y los comportamientos tienen su origen en mecanismos generales de aprendizaje, de imitación o de razonamiento; las costumbres y las normas sociales son exclusivamente el producto de nuestra capacidad

para la cultura, y de la socialización de los niños a través del contexto social en el que viven. Estos mecanismos generales darían cuenta lo mismo de la adquisición del lenguaje que de la forma en que se adquiere la identidad de género, de la aversión al incesto que de las preferencias por el paisaje, del deseo amoroso que del miedo a las serpientes y, en general, de todo lo que los seres humanos sean capaces de sentir, pensar y realizar. Se da por supuesto que funcionan de manera uniforme, independientemente del contenido, la materia o el ámbito de la experiencia vital sobre los que operen. Por ello se dice que estos mecanismos son de uso general. Así, la mente sería una tabla rasa en la que todos nuestros contenidos mentales tienen su origen en el mundo físico y social que entra a través de la percepción. Para los defensores de la tabla rasa la mayoría de los conceptos son construidos socialmente. Es la nueva versión del viejo dogma empiricista: «no hay nada en el intelecto que no haya estado antes en los sentidos».

La descripción de la vida en Samoa de la antropóloga Margaret Mead es un ejemplo de este determinismo cultural de la tabla rasa. Mead sostenía que las diferencias psicológicas de sexo eran totalmente culturales. Describió una cultura idílica, sin violaciones ni guerras, sin frigidez, ni celos; el pueblo samoano era pacífico, sexualmente desinhibido y feliz. Esto era debido a una cultura pacífica, a un estilo de crianza permisivo y a la maleabilidad de la naturaleza humana: culturas felices y pacíficas hacen personas pacíficas y felices. La obra de Mead ha tenido un gran impacto en las ciencias humanas y sociales, especialmente en su visión de las diferencias sexuales, incluso con las evidencias empíricas en su contra que poco a poco se han ido formulando.

Otro ejemplo del optimista determinismo cultural de la tabla rasa nos los proporciona el conductismo y su fe en la capacidad ilimitada de la modificación de conducta. Son bien conocidas las palabras del padre del

conductismo, John B. Watson, «Dadme una docena de niños sanos, bien formados, para que los eduque, y yo me comprometo a elegir uno de ellos al azar y adiestrarlo para que se convierta en un especialista de cualquier tipo que yo pueda escoger -médico, abogado, artista, hombre de negocios e incluso mendigo o ladrón-, prescindiendo de su talento, inclinaciones, tendencias, aptitudes, vocaciones y raza de sus antepasados». Aunque la mayoría de sus seguidores sólo se fijaron en las palabras sobre las posibilidades del aprendizaje y la educación, conviene no olvidar que el propio Watson comienza estableciendo algunas restricciones; pide niños sanos y bien formados, lo cual se extiende, seguramente, también a sus cerebros. Pero lo que vino después obvió estas referencias a la maquinaria. Para los conductistas el cerebro era una tabla rasa sin predisposiciones innatas.

La tabla rasa choca con la consideración del cerebro como un conjunto de mecanismos adaptativos diseñados por la evolución para resolver problemas que han ido surgiendo a través de la larga historia del *Homo sapiens*. La visión centralizada de los procesos mentales se extiende a la concepción del cerebro humano como una maravilla del diseño, una máquina perfecta, de uso general, para la resolución de los más variados problemas. Pero, más que un perfecto artefacto de la ingeniería, nuestro cerebro es una especie de cajón de sastre en el que se disponen diversas soluciones *ad hoc*, atesoradas desde la noche de los tiempos y que, en muchos aspectos, no son más que el fiel reflejo de la vulnerabilidad humana: la dependencia afectiva de los demás, la búsqueda del amor, la intensa competición social, el sentimiento trágico de la vida, etc.

Durante todo el siglo XX ha dominado la idea de la tabla rasa entre la mayoría de los humanistas y los científicos sociales, cuando los nuevos hallazgos científicos, especialmente en el ámbito de la biología, contradecían abiertamente su concepción de la naturaleza humana. A la tradicional división de las dos culturas, una de letras y otra de ciencias, los científicos sociales añadieron otra profunda escisión, que separa lo biológico de lo psicológico y lo social. Otra vez el dualismo: la máquina para médicos y biólogos, y el fantasma para psicólogos y sociólogos. Al habitual bagaje "de letras", Freud, Marx y el modernismo, los científicos sociales añadieron el funcionalismo, el conductismo y el postmodernismo, en un particular cóctel psicosocial. Mientras tanto sin noticias de Darwin y excomunión para cualquier intento de borrar las fron-

teras, como los emprendidos en momentos históricos diferentes por la sociobiología, el darwinismo social o la psicología evolucionista.

Hoy, cuando se van a cumplir 150 años de la publicación de *El origen de las especies* (1859) y 200 del nacimiento de su autor, es sorprendente la cantidad de reflexión e investigación psicológica y social que se ha hecho como si Darwin no hubiese existido; como si no hubiera escrito al final de *El origen*: «En el porvenir veo ancho campo para investigaciones mucho más interesantes. La psicología se basará seguramente sobre los cimientos de la necesaria adquisición gradual de cada una de las facultades y aptitudes mentales. Se proyectará mucha luz sobre el origen del hombre y sobre su historia». Ni estas palabras, ni el desarrollo de las mismas en *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* y en *El origen del hombre*, fueron suficientes para que los científicos sociales del pasado siglo incorporasen a su discurso las ideas darwinianas. Más aún, han estado proscritas e identificadas con ideologías ultracapitalistas en lo económico y fascistas en lo político. Es una lástima, porque Darwin pensó profundamente en la aplicación de la teoría evolucionista a la mente humana y trató de aprender sobre las observaciones hechas en pacientes psiquiátricos por sus contemporáneos. Este interés puede verse claramente en *La expresión de las emociones*, la primera obra que expone las principales ideas del moderno campo de la psicología evolucionista. En muchos sentidos podría considerarse a Darwin uno de los fundadores de la psicología moderna.

La necesaria visión darwiniana de la mente humana contempla a ésta como un producto del proceso selectivo, por el que pasan las características que contribuyeron directa o indirectamente al éxito reproductivo. En todos los seres humanos actuales se narra la historia de un éxito evolutivo. Cada uno de nosotros ha heredado los mecanismos mentales y corporales que llevaron a nuestros ancestros al éxito. No somos los descendientes de antepasados que fracasaron en su forma de sobrevivir, emparejarse, reproducirse y resolver su múltiples problemas adaptativos.

Nuestra mente es la consignataria de los mecanismos psicológicos adaptativos, legados por nuestros antepasados desde la noche de los tiempos. Toda la conducta manifiesta es una función de esos mecanismos mentales, que se han originado mediante los procesos evolutivos de la selección natural y de la selección sexual. Los mecanismos psicológicos evoluti-

vos son dispositivos de procesamiento de la información, cuyos productos son la actividad fisiológica, la cognición y la conducta manifiesta. Los mecanismos se implementan en las estructuras neurales del cerebro. Son funcionales y resuelven problemas adaptativos estadísticamente recurrentes a los que tuvieron que enfrentarse nuestros ancestros en un determinado ambiente de adaptación evolutiva; de forma idéntica a como sucede con el resto de los órganos del cuerpo, diseñados por la evolución para cumplir una función. En este sentido podría decirse que la mente no es un único «órgano»; está compuesta por una serie de órganos interconectados, de módulos especializados que resolvieron problemas específicos y recurrentes, relacionados con la supervivencia o la reproducción durante nuestro pasado ancestral.

Estos «órganos» paleolíticos que componen nuestra mente son especialmente habilidosos para resolver problemas de naturaleza social. Los seres humanos somos una especie intrínsecamente social y gregaria, y hay pocas dudas de que buena parte del éxito evolutivo se debe a la altísima y compleja capacidad para interactuar con los demás. La capacidad humana para la cooperación y la interacción coordinada depende mayoritariamente de la habilidad cognitiva y computacional para representar, planificar y predecir la conducta de los demás y de sí mismo y de interiorizar las normas de los grupos de referencia. La evolución de un dispositivo computacional inmensamente poderoso, el cerebro humano, fue una consecuencia de la necesidad de manejar los complejos procesos interactivos en el seno de los cada vez más frecuentes grupos de seres humanos que comenzaron a colonizar el planeta. El cerebro humano tiene un alto coste evolutivo y es muy caro de mantener. Su peso representa el 2% del peso corporal de un adulto pero gasta un 20% de la energía consumida. Que este despilfarro se produzca sólo para afrontar los desafíos ecológicos que otras especies realizan con una considerable menor capacidad cerebral no es muy razonable. En otros primates se ha observado una relación entre el tamaño de sus cerebros y la complejidad de los sistemas sociales en los que viven. Ningún otro primate vive en grupos más grandes que en los que interacciona el ser humano desde los tiempos más remotos. Así que mantener la cohesión grupal ha obligado a dedicar casi la mitad del tiempo a la socialización. Manejar

las relaciones sociales con más de un centenar de individuos obliga a tener una gran capacidad mental y una gran habilidad comunicativa. El propio lenguaje, talento exclusivamente humano por mucho que se empeñen algunos conductistas en malgastar el tiempo enseñándolo a los chimpancés, tiene su origen en su capacidad para facilitar la socialización.

Junto a esta habilidad para leer la mente de los demás e interactuar con ellos, nuestra mente dedica también muchos de sus «órganos» o módulos a la seducción y al emparejamiento. Podría decirse que parte de este cerebro social simio multiplicado por tres, de 1200 cc en su mayor parte neocórtex, sirve a un sistema reproductivo que está compuesto por una serie de capacidades psicológicas para el cortejo, la competición y la rivalidad; para la formación, compromiso, coordinación y terminación de las relaciones; para el coqueteo, los juegos preliminares y la copulación; para la búsqueda, elección, conservación y recambio de la pareja; y, en fin, para el despliegue de talentos conductuales que proporcionan recompensas reproductivas y no sólo de supervivencia. Siguiendo el segundo gran proceso selectivo darwiniano, la selección sexual, se produce una gran expansión cerebral; algunos dirán que malgastada en el difícil mercado amoroso.

Decía Ortega que el ser humano no tiene naturaleza, sólo tiene historia. Pero lo que en realidad tenemos es un largo pasado y una corta historia. De ambos somos el resultado. Y si queremos, como la protagonista de *La reina de África*, superar nuestra naturaleza, no tenemos más remedio que reconocerla y analizarla. Está escrita en un folio de apretados y, muchas veces, torcidos renglones, con numerosos borrones y tachaduras, pero también con la brillante prosa de una especie que, como decía Tagore, mira hacia las estrellas.

Luis Gómez Jacinto es Catedrático de Psicología Social de la Universidad de Málaga